

CRONICA DEL COLEGIO

Había tomado la resolución de no fastidiar más con estas insulsas crónicas y de dejar este lugar a compañeros míos, que con su castizo y saleroso decir dieran novedad a estas páginas, mas ante mi manía de ejercitar la paciencia ajena quedaron burlados dichos propósitos, por lo que aparezco aquí por tercera vez escribiendo. Con ello cumplo, además, el deseo de quien me confió este encargo.

Vengo hoy a narrar las ocurrencias del difunto mes de julio. Nada más oportuno que comenzar por las candidatas.

Al hablar de ellas no intento asignarles número, pues fueron tantas que su cuenta resulta difícil de retener. Tampoco hablar de su popularidad ya que no viene al caso.

Yo, a Dios gracias, tuve guardado todo mi entusiasmo. Quizás, para contradecirme, algunos compañeros quieran sacar a relucir visitas a que tuve a bien acompañarlos o gritos que no pude reprimir, aunque estos son asuntos de mi incumbencia en los que a nadie cedo derecho a juzgar.

Se dirá también que yo pronuncié un discurso. Cier- to, y lo hice en hora de incomprensible locura. Por él pediré perdón al Cielo y olvido a quienes me lo escucharon.

Tampoco podré negar que mi nombre formó con otros en algún Comité. Pero téngase en cuenta que no supliqué ese honor. Son responsables de ello la mala voluntad por la candidata de quienes me tuvieron en cuenta y su espíritu travieso que los llevó a hacer con mi apellido ejercicios caligráficos. Con todo, montado en el burro, supe desempeñarme sin obligaciones y gozar de las prerrogativas inherentes a mi puesto.

Y basta de defensas que ningún crimen he cometido para menudearlas tanto. Entro, de lleno, a referirme a lo ocurrido en el Mayor con motivo de las candidatas para reina de los Estudiantes.

Nosotros los rosaristas, como muy bien le consta al público sensato de Bogotá, llevamos una vida de encierro, alejada, por lo tanto, de los placeres del mundo; en cambio tenemos un reglamento, duro sin duda, cuyo fiel cumplimiento saboreamos a diario. Nuestras honestas conversaciones siempre se basan en los libros de estudio, sin detrimento del buen nombre del prójimo; nuestras ilusiones, amén de las íntimas que cada cual se reserva y de las nobilísimas que nuestra condición de estudiantes impone, son: las del justo descanso del domingo y del primer jueves, compuesto de once horas que nosotros bien quisiéramos convertir en trece para cerrar un simpático número, las de extraordinarias visitas a la portería y las de hallar en el buzón del correo cartas de la familia y de los amigos que nos pongan al corriente de lo que en la casa ocurre y nos traigan noticias que sólo los amigos pueden contar.

Descrita nuestra vida ejemplar no tengo para qué añadir que en nada nos hemos mezclado de lo que fatigó a Bogotá por espacio de muchos días con motivo de la preparación de la fiesta estudiantil. Si conocimos y aclamamos a las candidatas fue porque ellas vinieron a buscarnos, prevalidas de nuestro título de mayoristas que nos hace grandes ante las gentes y singulares entre los demás estudiantes.

Sí, porque Mayor dice excelsitud y superioridad, y este Colegio, que vive de tales excelencias, debe reclamar a toda hora ese título sublime de Mayor que hace un solo nombre con el de Nuestra Señora del Rosario. Así, serán más honradas sus tradiciones, más enaltecidas sus glorias y más patente su singularidad.

Aquí se presentaron, pues, las candidatas, rodeadas de damas y de caballeros y sin imposición de horas para sus visitas. Aquí eran saludadas, primero que por nadie,—a no ser el portero, que de ceremoniales poco entiende,— por fray Cristóbal, quien vive avizorando la portería, abierto de brazos, en actitud de acogida para todo aquél que a sus claustros quiera penetrar. Aquí vinieron las señoritas a embelesarnos con su belleza, a prodigarnos el perfume de sus gracias, a electrizararnos con el hechizo de su voz o a confundirnos con la majestad de su silencio. Aquí vinieron a llenar de alborozo nuestros espíritus, a romper nuestra apatía y a despertar con sus nombres nuestro entusiasmo.

Y son numerosas las impresiones que dejaron. La una sembró su simpatía; la otra dispersó su vivacidad y sus encantos; ésta nos conmovió con su timidez, aquélla nos llenó de buenos deseos. Hagámoslas pasar por turno.

Un lunes, en la tarde, decidió su presentación doña Mariana Kohn. Verdaderamente fuimos sorprendidos. No esperaba el Rosario ese día en su Aula Máxima otro acto que el grado de un antiguo alumno suyo, digno, por muchos títulos, de ser tenido en los anales como sobresaliente. Me refiero a Primitivo Vergara Crespo. Todo respiraba un ambiente de expectativa y grandeza a que contribuía el joven abogado con su altísima figura que lentamente se paseaba por los corredores que otrora fueron testigos de sus desvelos. Cuando entró la candidata todo cambió de color. La solemnidad de un grado se vio pospuesta por la algarabía confusa de una farándula que logró entusiasmar y absorber.

En un momento la Estudiantina se hizo dueña del Colegio. Las serpentinas volaban sin cesar por claustros, salones y patios, mientras hacía invasión el confetti.

El paraninfo fue convertido en sala de recepción y allá, frente a la mesa desde donde se presiden los actos solemnes, doña Mariana tomó asiento, rodeada de sus acompañantes.

En verdad estaba graciosa la señorita. Nadie reparaba en lo pequeño de su cuerpo por atender a la simpatía de su rostro, donde una boca, grande y sonriente, pone la nota de singular atractivo.

Muchos, demasiados elogios, tuvo que escuchar esa tarde la candidata. Un estudiante de extremado sentimentalismo, despertado con los encantos de la princesa, inició la letanía. En un estilo ditirámico y cargado de lirismo, en el que se pretendió hacer sonreír a los mismos adustos retratos de Núñez Conto y del señor Uricoechea, doña Mariana recibió el homenaje más rendido de admiración por parte del Mayor.

Siguieron muchos discursos más a que no puedo aludir, con gran pesar, por carecer en la REVISTA de cuarenta páginas.

Con la despedida de doña Mariana, o mejor dicho, del señor Prefecto, a nombre y a insinuación de ella, la fiesta quedó terminada y el Colegio, después de cumplir un galante deber, se entregó a presenciar un grado que, sin exageración, hará época en estos claustros beneméritos, para felicitación de la familia del doctor y orgullo de Buga, su tierra.

Otro día, que pudo ser jueves o sábado, este empedernido cronista se hallaba con sus condiscípulos absorto en sabias lecciones de francés que dicta un buen señor de las Galias, infalible y cumplido, cuando fue sacado de su abstracción por un extraño vocerío que de la portería llegaba. Era una señora que sorprendía a los pacíficos mayoristas con la visita de su hija candidata, seguida de un cortejo numeroso que, a los vivas a doña Josefina Tamayo, penetraba al Colegio.

La revolución estalló en las aulas. Nadie quería es-

cuchar ya a los profesores y, a despecho de muchos de ellos, la muchachada se botó fuera en un impulso de novelería.

Si la manifestación a la señorita Kohn Olaya fue de un sorprendente entusiasmo, el recibimiento hecho a la niña Tamayo Izquierdo revistió todos los caracteres de frenético.

Como su antecesora, doña Josefina fue recibida en el Aula Máxima donde, si no hubo flores sí sobraron corazones para admirarla, gargantas para aclamarla y ojos para contemplar su belleza. Porque bella sí es, con su cara de muñeca animada de grande emoción y sus negrísimos ojos brillantes de viveza y juventud; con su boca pequeñina y carnosa a la que un mordisco permanente prende expresiones maravillosas; con su hablar melindroso de niña inocente y el dejo, a la vez dulce y picante, de su voz.

Un bardo para mí desconocido dijo, en acento melodramático, un poema de su invención y un caricaturista de estos claustros cuyo lápiz muchas veces se mueve en afanes poéticos recitó a doña Josefina un soneto a ella compuesto.

Con desembarazo, impropio de sus quince años de mujer, la candidata tomó la palabra para agradecer el homenaje y darnos su despedida. Oír hablar a una niña con tanto desparpajo es algo que pone fervor en los corazones mozos. Por eso la aclamación consecutiva que se hizo a doña Josefina al abandonar el Rosario.

Y no fue ingrata con nosotros ya que como regalo nos dejaba una petición al señor Prefecto, de salida en la noche de ese día. Si no se cumplió no corresponde a mí reclamarlo.

Llegó también el día destinado por doña Sara Dávila para recibir los agasajos del Rosario. Era ese un día ideal en el que el sol de julio tenía en función todos sus ardores; un día en el que lucía el cielo su azul

más vistoso y en el que sonrojaban los claveles que bordean el pedestal del dominico. Un hálito de gracia y de vida palpaba por doquiera. Parecía que Naturaleza, ufana de sus bellezas, hubiera volcado, en un solo espacio de tiempo, sus dones todos como tributo a la que de veras es bella, como homenaje a doña Sara Dávila Ortiz.

No deberá, pues, extrañar ese nuevo entusiasmo nuestro para hacer a la aristocrática dama un recibimiento digno de ella, sin apetecer, por supuesto, en nuestra vida sencilla, molestas etiquetas de salón que hubieran pecado mortalmente contra nuestra envidiable condición de estudiantes, exenta siempre de complicaciones y de falsedades.

Al contrario. Todo fue llano y cordial sin que la novedad prestara a nuestra manifestación características destacables.

La misma Aula Máxima que para sus antecesoras; igual puesto de honor y distinción; flores tan frescas y suaves como las que a doña Mariana se ofreciera; serpentinas juguetonas y empalagosos confettis; vítores entusiastas y gracejos de buen gusto, todo esto lo tuvo doña Sara como habíanlo tenido sus competidoras y debía de recibirlo doña Leonor Calvo.

Cuatro discursos se escucharon entre los que merece postrer término el que a este cronista correspondiera por encomienda espontánea de un «Cabezón» de atlántica simpatía.

En cambio, indignas de callada y acreedoras a los más calurosos aplausos fueron las décimas ingeniosas de ese discípulo ejemplar que Refilón es llamado, proplas, por cierto, para una efusiva respuesta que no nos fue dado escuchar.

Pero ese día no podía terminar sin que tuviéramos, de labios femeninos, un fervoroso elogio para el futuro galeno, por una segunda composición suya, lo que nos

llenó de satisfacción porque Juan José Hoyos cuenta en cada corazón rosarista con un elevado puesto de admiración y cariño.

Doña Leonor Calvo Escobar, quien une a su distinción y hermosura gran simpatía personal, vino esa tarde a cerrar lucidamente una jornada más de esta nuestra vida de internado. Su visita constituyó para nosotros una hora que añadir a nuestros ratos alegres y memorables.

Con la oportunidad de siempre, Refilón abrió su vena poética ante la princesa, hallando, entonces sí, sus estrofas un eco de gratitud y de celebración.

Movida por su generosidad u ofuscada con tantas colosales estaturas y tan crecida cantidad de gafas que entre los rosaristas existen, doña Leonor correspondió nuestras atenciones con un anhelo suyo, expresado, de vernos a todos presidentes de república o sobresalientes figurás de la patria. ¡Gracias, señora, por su liberalidad! Mas, con franqueza le digo que usted espera ya demasiado de nosotros y confía exageradamente en nuestras capacidades, aun cuando bien es cierto que para eso de sobresalir no existen hoy las exigencias enormes de otros tiempos.

* * *

Estábamos ya a mediados de julio. Las vacaciones se aproximaban y es de tradición en el Rosario despedir este trimestre de estudios con un piquete en la Quinta Mutis al que, a más de los alumnos internos del Mayor y de su anexa, concurren los Superiores todos.

Señalóse, pues, para la fiesta la fecha del 13. Mal día dirán, sin duda, los ingenuos que, en pleno siglo XX, huyen de pasar por debajo de una escalera, (con perdón de las medidas de prevención); creen en la sugestión de las arañas; se inquietan con el zumbido de un moscardón o calumnian, sin escrúpulo, a una pobre cifra

que no tiene otro pecado que el de haber sido colocada entre el doce y el catorce.

No. Adelante lo he dicho, para mí el 13 es un número muy simpático, y hago constar que en su día la suerte me es más adversa, me llueven con mayor furia los sinsabores y tienen qué hacer conmigo profesores y condiscípulos.

Mas, no por eso, lo odio. Quiere decir todo ello que en tal fecha la luna es más peligrosa y la neurastenia más aguda y que, no hallando sus víctimas otro sér para atormentar, cogen al más delgado que soy yo.

Además, yo me he hecho a querer todo lo que contra mí está. Quizás sea esto una encantadora locura o una resignación altísima a las máximas evangélicas.

Pero dejemos a un lado esta hojarasca y volvamos a nuestro tema.

El 12 de julio, víspera de nuestro 13, un programa de festejos fue fijado en uno de los corredores del Colegio. Autorizábalo con su fina y elegante firma el señor Vicerrector y, así aprobado, era de esperarse para el siguiente un incansable día de deportes.

Ordenes terminantes se habían dado a los rosaristas, cada una de ellas de acuerdo con las divisiones que en este Colegio son de anotar cuando se trata de ir a la Quinta Mutis. Porque hay tres grupos de alumnos: los que juegan, los que miran jugar y los que desprecian el juego. Yo, por designación especial de mi mal gusto, pertenezco a los dos últimos.

A los primeros, pues, se les decía: que los futbolistas carguen con sus camisetas y sus zapatos, como preciosos adminículos que deben hacer la felicidad de más de un mortal y que los tennistas lleven su raqueta y no olviden sus delicadísimas pelotas y su luciente visera, como objetos lujosos que en estos tiempos dan nombradía y gloria. A los segundos se nos pedía mucha garganta y desmedido entusiasmo, mientras que a los últimos se nos deseaba un buen descanso.

Y el 13 de julio amaneció despejado y alegre. Como de costumbre, la campana nos despertó con su fastidioso e imprudente tintinear.

Como siempre, y no obstante la ilusión de un día distinto a todos, los perezosos fueron exactos a su pesada tarea, poniendo al señor Prefecto en la mortificación de remover catres que, bulliciosos y flojos, se dan cada mañana a chillar como desesperados.

Como de costumbre, hubo ese jueves baño y, con él, la espera que suele prolongar el buen señor que de ama de llaves oficia en este Colegio.

Como siempre, el frío del agua esa madrugada era intenso, y como siempre, también, el desayuno apuraba a estar en formación para la entrada al comedor.

No pudo tampoco faltar la misa que, con expedición admirable, nos celebra a diario el señor Vicerrector en esa ilustre y simpática capilla, de donde con placer viera yo desaparecer los ángeles que la afean.

Y, satisfechos con nuestra piedad de media hora y reconfortados con nuestro modesto desayuno, emprendimos marcha hacia la Quinta Mutis, donde nuestro espíritu se impregna semanalmente del tedio que respiran los Barrios Unidos,

Mas en aquel día no debía de haber tiempo para tal contagio. El entusiasmo era perfecto y única la alegría. La murga del Colegio encabezaba el desfile ejecutando animadamente. Allí la bandola de Murcia hallaba su mejor sonido; el violín de Jiménez su más dulce vibración; la guitarra de Giraldo su más exquisita sugestión; el tiple de Monsalve su antioqueñísimo rasgueo y su inoportuna aparición alguna destemplada dulzaina.

Dos carros del tranvía nos esperaban frente al Granada con sus conductores de policial uniforme y sus asientos olorosos a verduras.

Sin reparo nos hicimos sus dueños. Al señor Vicerrector y al señor Prefecto les fueron respetados sus

puestos. El señor Avella ocupó otro asiento del que siempre se escoge y la murga obtuvo sitio de distinción que para eso iba ganando dinero.

A las notas de alguna rumba retozona nos pusimos en movimiento.

Todo desfiló a nuestro paso en carrera veloz. Dejar atrás la legación alemana, la clínica Marly o el monumento a Ricaurte no nos causaba molestia. En menos de media hora nos vimos en la Avenida Robledo y, entonces, llegar al Estadio de «La Salle» fue obra de cinco minutos.

Nuestro paseo en tranvía estaba terminado y a obligación teníamos ejercitar unos segundos las piernas. Así lo hicimos y, bien presto, las rojas tapias de la quinta nos saludaban, a la cuadra.

A sus pies nos llegamos, les hicimos la venia y pasamos adelante, no sin darle un saludo lastimero al busto de don Celestino.

El doctor Sánchez, virtuoso sacerdote que gobierna a los estudiantes de la Quinta, salió a recibirnos; más allá nos dispensó una etiquetosa bienvenida el señor Méndez y, a cada paso, nos festejaba la camaradería de los muchachos de la Mutis, quienes departían con nosotros como viejos compañeros.

Nuestra instalación fue rápida y el cumplimiento del programa inmediato y satisfactorio.

La orquesta rompió con «Melodías de arrabal», conmovedores y amables aires argentinos, para seguir con pasillos y bambucos de agreste sabor que evocaban dulzura de tortas, humos de empanadas, exquisitez de «manjar blanco», días de Nochebuena, e invitaban a nuestra alma, hecha demasiado a la vida ciudadana, a sentir, de una vez, el descansado y suavísimo ambiente de égloga que teníamos para respirar.

La música excitaba al movimiento y a la expansión. Quiénes tomaron los corredores como su sitio de ejer-

ciclo. Allí el andar era incansable y el retozo sostenido. Quiénes se acogieron al billar como a su salón de diversión. Los tacos no cesaban en su impulso y las bolas corrían metódicamente sobre el verde tapete, sin hallar reposo. Unos emprendieron visita al jardín donde son hermosas las flores y dignos de admiración los trabajos de «Hitler», perito alemán costeadado como cultivador por el Rosario. Otros ocuparon puesto en su respectivo terreno de deporte y el resto se dispersó por el campo, buscando lugar aparente para leer y comentar a los rayos del sol.

A las doce del día tuvo lugar el almuerzo, pasado el cual, volvió el foot-ball a su furor, el tennis cobró nuevas fuerzas, contó el billar con asiduos aficionados, al jardín acudieron numerosas visitas y el campo ofreció nuevamente calor y paz a sus amantes.

La música, mientras tanto, no dejaba de sonar y a la de las cuerdas se había unido ya la voz de posibles artistas que cantaban con sin igual entusiasmo. Momentos aparentes fueron esos para desempolvar un viejo y bello repertorio perdido há tiempos de nuestros oídos.

No podría yo dejar venir las cinco de la tarde sin dar mis más sinceros agradecimientos al amigo Alvaro Guzmán, quien galantemente puso a las mías y a las órdenes de mis compañeros su elegante berlina. En ella hubimos de gozar de deliciosos paseos por los alrededores de los Barrios Unidos.

A las seis la campana de una rústica iglesia de la vecindad tocó el Angelus, y su tañido fue orden de descanso para los deportistas. El señor Vicerrector guardó su raqueta y abandonó la cancha, seguido de «Califa», hermoso perro lobo que no tiene otra virtud que la de querer exageradamente a su dueño. Los tenistas imitaron a su jefe y no otra cosa hicieron los futbolistas.

Bien presto el vestíbulo de la Quinta era un Congreso de deportistas donde todos discutían y aprobaban. El balompié había logrado la supremacía. Saavedra Lozano, Guillermo Carbonell, Jorge Liévano, Echandía, Martínez Samper y Cadavid resultaron, con otros, campeones de la Mutis, en tanto que Urdinola, Prieto, Bonilla, Amador, Osejo y Rengifo eran los ases del Mayor.

Un seco campanazo nos anunció que el piquete nos esperaba. En orden, sin pereza, y con buen apetito acudimos a atenderlo. Servicio esmerado, excelente cocina, menos excelente cerveza, sobraron en esa noche. No era aquello una comida trimalciónica, por supuesto, pero sí el festejo indiscutible para despedir atentamente noventa días de trabajo cuya fatiga habíamos mermado el apetito y cuya vida, si de contrariedades y sinsabores, habíamos regalado horas de amable recuerdo y de positiva satisfacción, como toda vida de estudiantes.

Con las siete de la noche hicimos el regreso a Bogotá. Como en la mañana, hubo desborde de entusiasmo, abundancia de música y abuso de canto. El tranvía constituía un carro alegórico de la satisfacción.

* * *

Pocos días de julio nos quedaban para vivirlos en el Mayor, cuando dos hombres se presentaron una mañana con sendas placas que debían ser clavadas en los muros del claustro. Eran ellas el tributo de cariño y admiración que el Rosario iba a hacer a dos hijos suyos muertos en servicio de la independencia nacional.

Sobre mármol blanco, de bella presentación, y grabados en rojo, aparecen, en la una, el nombre de Manuel Rodríguez Torices y, en la otra, el de José María García de Toledo, nobles cartageneros que ilustraron este Colegio.

Las inscripciones dicen, a quienes dichas placas lean, lo que fueron y valieron aquellos próceres. Ellas, con

las otras numerosas memorias a alumnos y servidores del Rosario, que hacen de esta casa un museo de gratitud, servirán con su lectura diaria a quienes aquí estudiamos para fijar hondamente en nuestro corazón el ejemplo de los grandes hombres y trazarnos normas para un futuro meritorio y brillante.

Mas, esas lápidas no estaban hechas para ser incrustadas en las paredes del Rosario y quedar allí fijadas. No. Ellas necesitaban de una solemne ceremonia para celebrar su inauguración. La Academia de Historia tomó a su iniciativa la fiesta y escogió, para ella, el 19 de julio, víspera del día de la Patria. Los miembros de esa ilustre corporación, así como la Escuela Militar, contribuyeron con su presencia a la pompa y solemnidad de esa fecha que pasará a nuestros anales con especial sello. El Colegio de fray Cristóbal era un horno encendido de colombianismo. El tricolor flotaba airoso por los cuatro costados y las efigies de los héroes de la gesta liberadora lucían en todos los contornos.

Terminado el acto quedó flotando en el ambiente un hálito de grandeza como vaho suavísimo de tumbas gloriosas.

Y las vacaciones llegaron sin remedio. La fiesta del 19 nos había aplazado la orden de libertad pero también habíamos retrasado el día de nuestra sujeción. Existiendo esta compensación nadie podía reclamar.

Los alumnos, hijos de las provincias, volaron hacia sus casas, dejando a los que en Bogotá quedábamos en un pesar que sólo podré llamar «guayabo».

Y mientras ellos regresan, con la reapertura del Colegio, yo dejaré descansar esta pesada pluma y a vosotros, pacientes lectores.

Bogotá, julio de 1933.

ALFREDO DELGADO P.